

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Número especial

25 cts.



INTERVIÚ CON FRANCESCA BERTINI

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º especial

INTERVIU

celebrada en París con la famosa artista

FRANCESCA BERTINI

con motivo de su reaparición por única vez
en la Pantalla, en la gran superproducción

EL FIN DE MONTECARLO

Exclusiva de

MUNDIAL FILM

(RODRIGO SOLER)

Diputación, 278 - Barcelona

Con este número exija usted la postal fotografía de
FRANCESCA BERTINI

car todos los detalles físicos y artísticos que tantas y tantas veces ocuparon mi imaginación

Unsel

Francesca Bertini

¡Qué cosa más sublime es la gloria! Hace unos instantes, el simpático Mr. Natanson me presentaba a Francesca Bertini. Y ahora, apenas cruzadas las protocolarias frases, sentados frente a frente, creo que hace ya varios años que conozco esos ojos que me miran como si quisieran decirme:

—;Ande usted, hombre!... Diga usted algo, pues si no, voy a creer que estoy en un escaparate.

La verdad es que viendo a esta mujer tan espléndidamente bella, me complazco en evo-



de adolescente, cuando buscaba con avidez su nombre en los programas cinematográficos a

mi alcance. Por la primera vez hoy, la veo en carne y hueso. Y si antes la admiré en la pantalla, ahora, ante tanta majestad — que ni su modestia ni su amabilidad logran atenuar — me siento pequeño, muy pequeño... El "Señora" que digo como palabra de introducción, suena en mis oídos de tal modo, que creo haberla pronunciado con el respeto debido a una soberana...

Francesca Bertini ha debido adivinarme, pues se sonríe y, cual una reina, me invita a hablar, cuando tan sólo vine para escucharla...

* * *

En el año 1891 nació en Nápoles una hermosa niña a la que sus padres dieron por nombre Francesca... Su belleza era tal, que la bella Nápoles, celosa de una rivalidad en perspectiva, envió al feliz hogar una hada, la cual llevaba como misión la de cerciorarse si el rumor público no exageraba.

Cuéntase que el hada, extasiada ante el hermoso retoño que en su modesta cunita dormía,

extendió sus brazos protectores sobre la cabeza del querubín y solemnemente dijo:

—¡Francesca, tres veces reina serás!



Y Nápoles no volvió a ver el hada; pero ésta velaba alrededor de su protegida.

Parece ser que la profecía se ha realizado. Francesca Bertini, en su hotel del bulevar

de Argenson, en Neuilly, se ofrece a nuestros ojos como una verdadera reina... El cuadro en el que la estrella se mueve y brilla, tiene, en verdad, el aspecto de una corte: elegante, sencillo, bello. En una palabra: regio.

REINA POR SU BELLEZA

La artista napolitana que conquistará en breve nuevos laureles interpretando el papel de duquesa Olga de la película "El fin de Montecarlo", tiene 35 años... ni uno más ni uno menos. Si admiráis sus negros ojos, tan negros como sus cabellos, llenos de juventud y de inteligencia; si contempláis su inmaculada blancaura; si os extasiáis ante sus líneas esculturales coronadas por un aristocrático y ovalado rostro, 35 años son muchos años para esta perfección femenina. Y, sin embargo, cuando os déis cuenta de la producción artística y de la fama adquirida por esta estrella del firmamento cinematográfico, os parecerá asombroso que en 35 años—que en 20 años, ya que principió su brillante carrera a los 15 — se pueda ha-

cer lo que la Bertini ha hecho y se pueda adquirir el nombre que ella ha adquirido.

—Cuénteme algún episodio de su niñez — le digo.

—Primero, jugué mucho con las muñecas — me contesta con muchísima sombra y con un poco más de guasa todavía—. Después, fui a la escuela y seguí jugando con las muñecas y con los libros. Más tarde, me dediqué a trabajar.

¡A trabajar!... El tono en que lo dice, contrasta con la broma de antes.

Esta mujer tiene una facilidad maravillosa para cambiar de actitud. De la risa pasa a la seriedad con un arte y una rapidez tales, que uno se pregunta si verdaderamente, entre los dos aspectos, tan sólo ha mediado un segundo.

—Mi juventud ha transcurrido normalmente. No hay ningún episodio que pudiera interesar a sus lectores.

—¿...?

—¡Amoríos? ¡Qué risa! Claro que sí. Mejor dicho, muchos admiradores y un sin fin de "trovatore" que a la luz de la luna me dedicaban sus coplas inflamadas.



—¿E inflamadoras?

—No. Eso no... Cuando no dormía, leía. Los libros, la vida de los artistas, me entusiasmaban. Más de una vez, cuando mi imagina-

ción y mi fantasía me llevaban lejos, muy lejos... sobre las tablas de un escenario, las lánquidas poesías de los no menos lánguidos pretendientes, me hacían pensar en la prosa del presente y me arrullaban en mi cama hasta adormecerme.

Francesca Bertini se ríe, y brilla la doble hilera de sus blanquísimos y lindos dientes. Quizás allí, en las faldas del turbulento Vesubio, algún Don Juan, al leer estas líneas filosofará acerca de la utilidad de cantar trovas... a la luz de la luna.

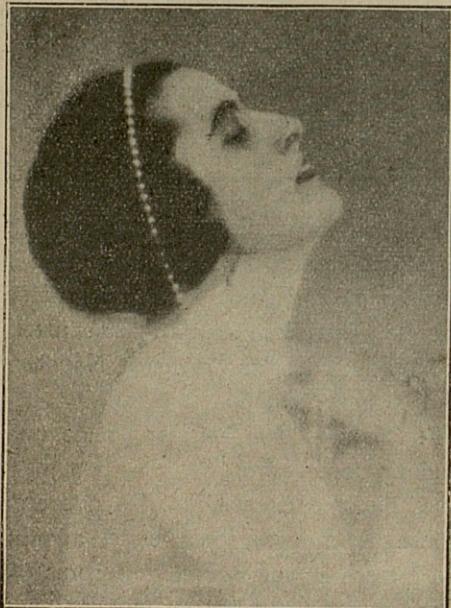
—Pero al día siguiente, mi trabajo me llamaba al mostrador. Preciso era pensar en las exigencias de la vida. Y el tiempo transcurría monótono, fastidioso... Ya sabrá usted que trabajé en una casa de Modas de Nápoles. Este fué mi primer reinado.

—El reinado de la belleza, puesto que tantos admiradores tuvo.

—¡Calle usted, por Dios! Lo que creo que sí conseguí en esta época es el adquirir un gusto certero en mis *toilettes*. Sí; mis *toilettes* me han salvado siempre de muchos apuros.

¡Sus *toilettes*!... La admiración de hombres

y mujeres. Bertini y sus *toilettes*, forman un conjunto. La artista ha nacido para llevarlas, para realzarlas. Al principio corría la voz que Francesca Bertini era maniquí y que en una



Una bella "pose" de Francesca Bertini

de las exhibiciones dadas para lanzar una moda, nació la "star" de la pantalla. Hubiera yo deseado saber algo concreto acerca de este extremo, pero ello me ha sido imposible. ¿Por qué?... A veces creo vislumbrar algo así como un deseo de no desgarrar velos... Porque Francesca Bertini lucha entre la artista y la mujer de su casa...

REINA POR SU ARTE

—Un día, hablando por no callar, alguien...
—¿Quién?

—¡Qué importa quién, cuándo y cómo!...
Alguien, digo, me dió lo que yo anhelaba. La ocasión de trabajar menos insultosamente, con más provecho y respondiendo a mi secreta ambición.

Francesca Bertini no quiere saber — yo diría recordar — si sufrió o no. Si tuvo o no que vencer obstáculos o voluntades opuestas. Sólo sabe que su entrada en el reinado de la "pelí", allá por los años de gracia 1906 ó 1907, fué una entrada triunfal. ¿Quién no la ha

aclamado en el papel de Eleonora de "El Trovador"?

—Comienzo y gloria, todo fué uno, ¿verdad?

—¡Naturalmente!

Dicho de un modo tan... natural, la palabra tiene tal fuerza que yo también añado:

—¡Naturalmente!

Una pausa.

—¿Recuerda usted las películas que ha interpretado?

—Apunte y no se canse. La Dama de las Camelias, Odette, Fedora, Tosca, Andrea, El Pacto, Frou-Frou, Los Siete Pecados Capitales, Espiritismo, Conchita, Las Garras de la Muerte, Marion, La Herida...

—¡Basta! Y, naturalmente, tantos éxitos como obras.

—¿Qué quiere usted! Desde mi Trovador, yo era para el público, sencillamente, la Bertini.

—Es verdad. Era usted el ídolo universal. Pero, dicho sea en su honor, el público que acudía a contemplarla cada vez que su nombre figuraba en los repartos, nunca sufrió una de-

cepción, lo cual pocos artistas pueden proclamarlo con tanta razón como usted.

—La última película que hice, antes de casarme, fué La Condesa Sara.

—¿No podría usted cederme alguna fotografía de su antiguo repertorio?

—Usted lo ha dicho: antiguo. — Y haciendo una mueca que me parece algo triste, añade: — Dejemos eso, ¡es tan viejo!

Francesca Bertini nada me dice de su deseo de agradar a su público, de su curiosidad acerca de las impresiones de éste. Pero un pájarito que algo me cuenta, me ha cantado al oído lo que la mujer y la artista han hecho varias veces para conocer por otro conducto que el de los periódicos, lo que de ella se decía.

La Bertini iba muchas veces al cine a ver a la Bertini y, más de una vez, su corazoncito latía hinchido de alegría, cuando lleno de entusiasmo el público aclamaba en el lienzo a la artista que, sin saberlo, entre él se hallaba y la cual no aplaudía... la única persona que no podía aplaudir.

—¿Cuál es el papel desempeñado por usted que más le gustó?

—Todos. Porque todos los elegí yo con



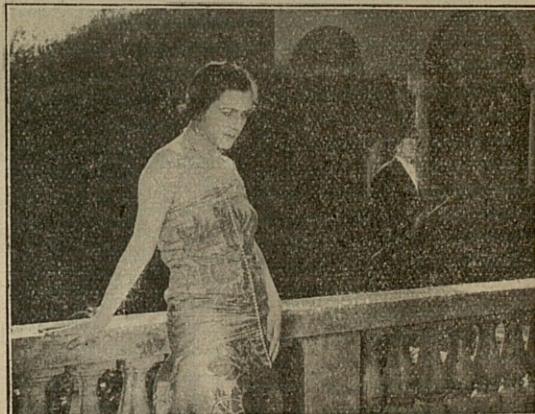
arreglo a mi gusto. Nadie supo ni pudo imponerme su voluntad. Quizás me tilde usted de orgullosa, pero las películas en que yo trabajaba, eran mis películas. El cine, era mi cine. Y es que en él ponía mi alma y, por consiguiente, él formaba parte de mi ser.

—Las aclamaciones del público le llegan a usted siempre al alma. Sin embargo, ¿no ha más intensa?

sentido usted en alguna ocasión, una emoción

—No recuerdo. Sí, espere. Una emoción más dulce, sí.

“Algún tiempo después de haber representado *Tosca*, decidí el ir a descansar de mis fatigas en un pueblecito de la campiña italiana. En una de mis excursiones, hallé un grupo de



Una escena de “El Fin de Montecarlo”

pequeñuelos jugando en medio de la calle. Recuerdo perfectamente que, para poder pasar, tuve necesidad de molestar a uno de ellos. Al sentirse empujado, volvióse y, encarándose — Dios me perdone —, creí que me iba a dedicar unas cuantas flores del repertorio callejero tan favorito de los rapaces desgreñados. Pero cuál no sería mi sorpresa, al oír de aquella boca, momentos antes desdeñosa, esta exclamación, para mí tan llena de alabanza:

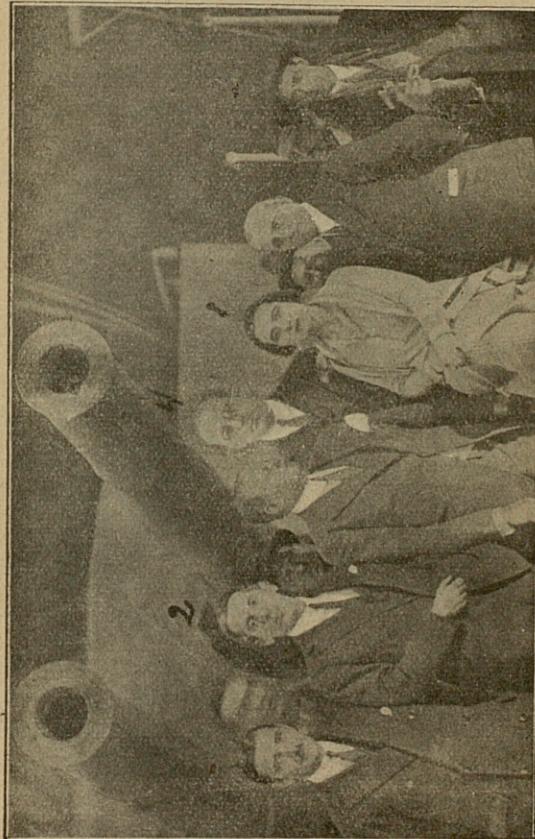
—¡La Tosca! Compañeros, mirad. ¡Es la Tosca!

Y como un reguero de pólvora, la voz corrió que Tosca estaba en el pueblo y de él salí tan conmovida, que hasta creo estampé un beso en las mejillas sucias de aquel chiquillo y que en aquel beso puse más alma, pero mucha más, que en los besos que los autores me hacían tantas veces dar a mis enamorados.

No he podido menos de decir:

—¡Pues ya es alma! Precisamente una de las cosas que más admiro en usted, es la forma tan ideal que da usted a sus besos.

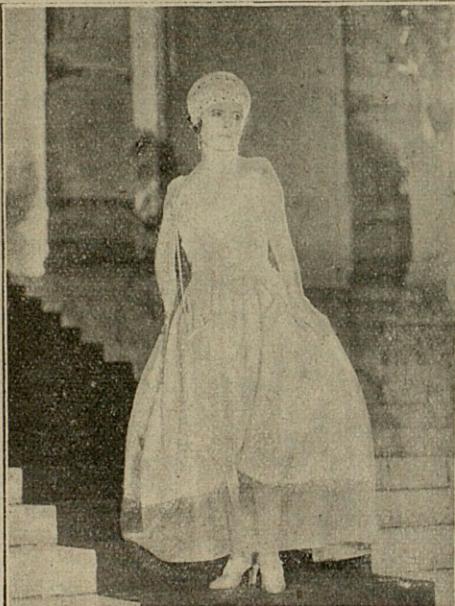
La cara ideal de Francesca Bertini se enciende... Esta cara, no podéis verla vosotros



A bordo del "Barroso" en el estudio. 1.—F. Bertini 2.—J. Natanson 3.—L. Nalpas 4.—J. Bureba, corresponsal de "La Novela Semanal Cinematográfica" en París.

en la pantalla; os compadezco. Tampoco podréis — de lo cual os felicito — apercibiros como yo, de la "plancha" que he cometido.

Me gustaría poder narrar algunas de las di-



Francesca Bertini en "La duquesa Olga Demidoff" de "El Fin de Montecarlo"

ficultades, de los contratiempos, que en la vida artística de Bertini no han podido menos de existir; pero su carrera fué tan rápida y tan brillante, que creo inútil el insistir.

Lo único que parece haber dejado una huella menos pasajera y seguramente agradable, es la guerra que le hicieron cuando debía desempeñar el papel de Odette, esta figura tan resplandeciente del popular Sardou.

—Era tan joven y, todavía "peor", parecía tan joven — me dice sonriendo Francesca Bertini —, que hasta llegué a creer que nunca triunfaría contra tan cruel enemigo. Todo el mundo decía que jamás podría yo llegar a hacer una "madre" como el autor la había pintado.

—¿...?

—Pues nada. Me eché unos cuantos años encima. Me hice vieja, muy vieja...

—Y su maestría en la ficción supo dar a su rostro juvenil la dureza, las trágicas huellas que todos hemos admirado al ver la incomparable y magistral creación de que usted fué capaz.

Ya ves, pues, lector amigo, que el hada tenía razón... .

REINA POR AMOR

...Y después de haber fingido tantas veces, un día, necesariamente tuvo que ser un her-



*Francesca Bertini con Raymond Catelain en
"El Fin de Montecarlo"*

moso día de espléndido sol, alguien supo hacer latir de verdad el corazón de la mujer, llevándosenos a la artista y ocultándola celosamente para que nadie pudiera ser testigo de su dicha.

Francesca Bertini se nos casó. ¡Muy bien! Todos encantados. Pero lo que ya no fué tan feliz para el público acostumbrado a aplaudirla, fué la noticia de su retirada definitiva del cine, noticia que cayó como una bomba.

Entonces empezó para Francesca Bertini el reinado del amor. Su corte fué el mundo todo, pues viajó. Las escenas que sólo un feliz mortal ha podido "tourner" llenan muchos miles de metros de película. Pero sólo existe de ella un "negativo" y me parece que en negativo se quedará, pues — perdóneseme la alusión — su afortunado guardián no deja traslucir ni tan siquiera uno de sus cuadros.

EL FIN DE MONTECARLO

Esta estrella que sólo brilló en su hogar durante algunos años, vuelve a brillar para nosotros.

Los dólares no supieron cautivarla. Los

marcos-oro tampoco hallaron en Francesca Bertini la presa necesaria cediendo a tan metálicos argumentos.

Entonces, ¿a qué fenómeno debemos el retorno de esta majestad a su reinado? Su pueblo, que es universal, y que nunca la destronó, ¿tendrá derecho a saberlo?

Sí. Francesca Bertini vuelve, porque su arte no se ha agotado aún. La Gloria la ha vencido.

Al empezar estas notas, decía yo que la gloria es una cosa sublime. Ahora añadiré que la gloria sabe y puede convertirse en carcelera. La gloria ha hecho una nueva víctima.

Esta que no quiso sacrificar su tranquilidad al dios dinero, ha cedido al empuje de la diosa gloria. Y de tal "derrota", millones y millones de personas se regocijan.

Parece ser que al asistir al estreno de una película famosa, su temperamento artístico que quizás dormía algo ligeramente, se despertó bruscamente. Alguien supo sacar partido de este despertar.

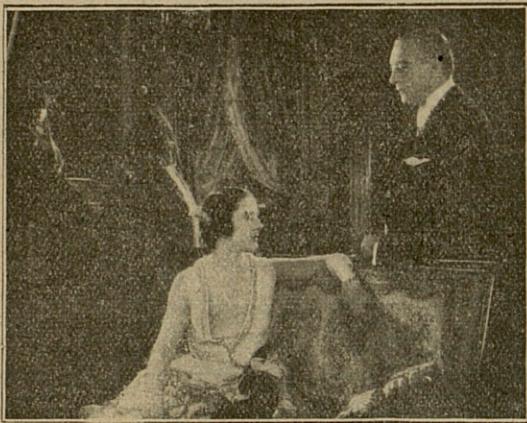
Cuando esto digo a Natanson, se sonríe maliciosamente. Tengo la convicción de que este

amigo ha sido el buen mago, al que mucho debemos los entusiastas del arte mudo. Con su varita, ha sabido hacer brotar de nuevo el arte de la Bertini y, después, en unión de Mario Nalpas y de Paltchik, un torrente de cosas bellas que sabréis apreciar cuando veáis "El fin de Montecarlo".

—¿Cuál es su autorizada opinión acerca de esta película?

—El argumento me gusta mucho. Puede usted decir que, en parte, vuelvo gracias a su autor Paul Poulgy. Encuentro en la obra muchas escenas patéticas de las que a mí me encantan. "El fin de Montecarlo" constituye una obra y una película. Es un conjunto de arte cinematográfico clásico y moderno. Verá usted en esta película la "pose" que a mí me entusiasma, con sus momentos de trágica pasión que agradan a los sensitivos... el arte italiano! — dice Francesca Bertini con pasión verdaderamente napolitana.

"Para aquellos que buscan en el cine los paisajes, los lugares que la naturaleza dotó de bellezas sin cuenta — Mario Nalpas es un verdadero maestro — "El fin de Montecarlo" po-



Francesca Bertini en "El Fin de Montecarlo"

see cuadros maravillosos. Sin ir más lejos, esa casa rusa debida al talento del decorador Schilkned, discípulo del gran académico ruso Alex Benoit... le aseguro a usted que no se ha hecho nada mejor en los estudios.

"Finalmente, los entusiastas de cosas fantásticas, a la "americana", recibirán su premio: la destrucción de Montecarlo causada por el bombardeo del "Barroso". Mire usted, cuando

a bordo de este crucero... casi de cartón, en el que nos hemos paseado, dirijo mi mirada hacia la boca de esos inofensivos cañones, no puedo creer que la ilusión llegue a adquirir las proporciones de tan grande realidad... Todavía me dan escalofríos pensando en el estruendo que producen... ¡Qué lástima que en el cine no se pueda oír semejante tumulto!

—Gracias mil — le contesto —, ya que necesariamente pienso en los centenares de vidrios



Francesca Bertini y Jean Angelo en "El Fin de Montecarlo"

rotos causados por el bombardeo. Si diera a conocer a mis lectores el importe de la factura, no me lo creerían.

—En una palabra. Estoy entusiasmada y aguardo con impaciencia los comentarios del público, de mi público, cuando vea la película.

—¿Está usted satisfecha de la "mise-en-scène"?... Porque me parece que este género no es precisamente el que usted ha cultivado hasta ahora.

—Desde luego no es este mi "género", como usted dice. Hay una diferencia muy grande entre Celio-Film, Cæsar-Film, Bertini-Film y la Central Cinematográfica y Standard Film... Entre Liguoro, Antoni, Barratolo y Nalpas, Etiévant, Natanson...

—¿Hacia quiénes va su preferencia?

—No lo sé. Aquéllos representan el pasado que vive y vivirá, no lo dude usted. Ya lo verá. Estos suponen el presente y quizás el futuro. Todos son grandes. Todos son buenos. Cuestión de gustos...

La respuesta es un poco evasiva... Francesca Bertini prosigue:

—Debo decirle que en "El fin de Monte-

carlo" no me ha esclavizado nadie. Mi "género" revive. He podido dar libre curso a mi fantasía...

—Y como fantasía en usted quiere decir arte, estoy seguro que su nueva producción constituirá un éxito artístico.

PROYECTOS E IMPRESIONES

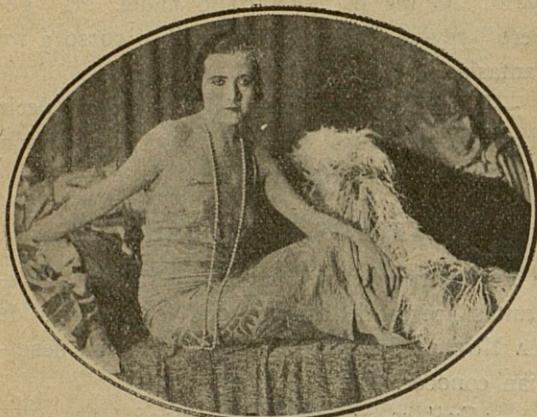
Para terminar, voy a hacerle algunas preguntas acerca de asuntos que los lectores de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA desearán conocer.

—¿Cuál es su artista preferido?

Sin titubear responde:

—¡Rodolfo Valentino!

Pobre Rodolfo, segado por la Muerte en plena juventud y en plena gloria. Cuando toda la afición tenía puestos los ojos en él. Si fuese verdad que en la otra vida puedes ver lo que por aquí ocurre, debes estar orgulloso de la admiración que hacia ti sentía Francesca Bertini. Y si desde el otro mundo pudieses ver sus ojos, ¡qué bálsamo sería para tus tristezas, las dos lágrimas que asoman a sus párpados... un momento cerrados para pensar en ti!



—Para los que fueron, una plegaria. Y entre los que existen, ¿a quién debo citar?

—Angelo, porque trabaja verdaderamente bien.

—¿Y entre las estrellas femeninas?

—Hombre, ¡no me hable usted de mujeres!...

—¿Puede usted hacerme algunas confidencias acerca de sus proyectos?

—Ya sabe usted que "El fin de Montecar-

lo" se proyectará en los primeros días del próximo abril. En París (grandes bulevares), en Madrid, en Barcelona, en Roma y en todas las capitales de Europa Central y de los Balkanes.

—¿...?

—Sí. Un verdadero triunfo, pues creo que la película está ya vendida en el mundo entero. Así es que, sin molestia alguna voy a realizar un viaje ideal.

—...En película. Pero, en serio, ¿piensa usted viajar?

—Mis deseos serían asistir al estreno en España. Es probable que haga este viaje, porque sé que el público español es muy culto y de un gusto artístico muy escogido. Quisiera prolongar mi estancia en España, porque sé que los españoles me quieren mucho y que, a pesar de los años que he llevado sin trabajar, no me han olvidado.

—¡Ciertísimo! Ya que conoce usted España, ¿qué es lo que más le gusta de nuestro país?

—Todo... hasta la monotonía de las mesetas de Castilla. Pero España monumental me asombra y me encanta por su riqueza y por su belleza artística, que creo sin rival.

—¿Cuándo volveremos a verla en otra película?

—Aun no me he repuesto de las fatigas de la última y ya quiere usted que vuelva a empezar!

—Creo que muchos opinan como yo.

—Pues a todos mi agradecimiento. Pero me parece que es todo lo que podré ofrecerles, ya que, salvo un caso extraordinario, sumamente extraordinario, "El fin de Montecarlo" será al mismo tiempo el fin de Francesca Bertini.

También es esta mi convicción, pues, no sé por qué, me parece que a su esposo no le agrada nada estas idas y venidas ni el ruido que se hace alrededor de su ídolo.

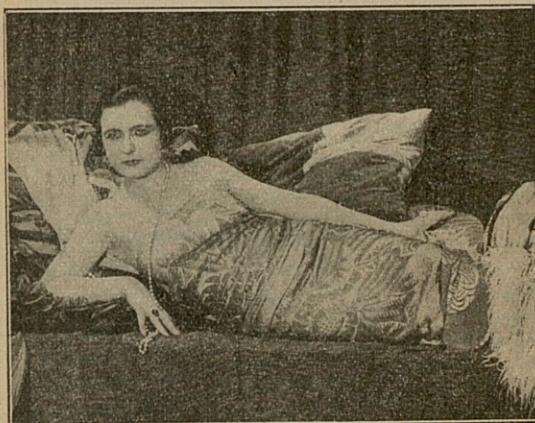
—¿Entonces?

—Volveré a mi castillo de Nápoles y desde sus torreones y las cumbres que le rodean, observaré a lo lejos el firmamento... cinematográfico en el que, según ustedes me dicen, fuí yo una estrellita.

—¿Y no lamentará usted el no figurar más entre las otras constelaciones?

—Quizás sí, alguna vez. Pero estoy segura que en mi hogar sabré hallar el olyido de estas

pompas y vanidades humanas. Y es que, ve usted, el cariño de los suyos no puede igualarse



ní siquiera a la admiración sincera de los demás.

Mi última indiscreción:

—¿Es usted feliz?

—Tan feliz, tan feliz...

Y al oir de los labios de Francesca Bertini este feliz reiterado y dicho con tanta unción

amorosa, pienso en la frase que Paul Póulgry dedica a la duquesa Olga Demidoff — Bertini en “El fin de Montecarlo”: “...de esos encantadores labios creados tan sólo para decir palabras de amor...”

París, marzo 1927.

Isidoro Bureba,

Corresponsal de “La Novela Semanal
Cinematográfica”

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¡¡NO LO OLVIDE NI LO DEMORE!!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

*Pida
detalles
a*

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA**